

Quien se llame Burgundófero Rataflutis tiene más probabilidades de adherirse á la memoria de las gentes que el que no pase de Juan Fernández. ¡Cualquiera olvida la firma de Fiacro Irayzoz, pongo por caso!

Y aquí entra la lucha por la distinción. Los Fulánez se defienden, y con razón, porque saben que tiene más probabilidades de sobrevivir la firma más apta para ser recordada. Y ¡qué de expedientes les sugiere el genio de la especie! Acuden á fusiones, á injertos, á elisiones. De dos apellidos vulgares hacen un compuesto que por ley de combinaciones, resulta menos vulgar, porque hay menos Fernández y González que Fernández ó González á secas; y así hacen Alonso Martínez, López Domínguez, Sánchez Pérez, López Muñoz... Empezan por suprimir la conjunción que á la vez que los une los disyunge (aunque D. Marcelino firme Menéndez y Pelayo todos le llamamos Menéndez Pelayo), y luego el apellido que lucha, el *vulgaris*, se apropia el segundo mediante un *de* posesivo, se le hace parte de sí Núñez de Arce, Giner de los Ríos, Martínez de las Rivas—ó un guioncito, guioncito que al fin cae para dejar un apellido verdaderamente aglutinativo, un Navarroveverter. Del Sr. Rubau y Donadeu, he oído que tiene verdadera obsesión porque le llamen Rubaudonadeu y que corrige, con su lápiz, en periódicos y escritos, uniéndolos si van desunidos y añadiendo el donadeu si sólo le llaman Rubau á secas. Casos son estos de conjunción, de verdadera *conjugación* plástica, como la de los protozoarios, llegándose á las veces hasta el enchufamiento,—Garcí-aranda ó Fernanfior, pseudónimo flexivo ya.

Pero el fenómeno social más interesante es el de la gradual desaparición de los Fulánez, por el tránsito de iniciales. Un Domínguez y Becquer suprime la y, haciendo de los dos un apellido compuesto: Domínguez Becquer; su hijo reduce Domínguez á una D., órgano sin función por atrofia de uso, mero pendejo anatómico, sin valor fisiológico alguno, como los dedos superiores del toro, D. Becquer, y el órgano atrofiado acaba por desaparecer. Y así tenemos á Becquer, el poeta, con su firma sonora, que era en realidad un sencillo Domínguez. Los casos análogos son infinitos, y cada lector recordará un sin fin de ellos. El pobre Fulánez se hundió en la nada, pasando por un F. ahogado en un distinguible Maciñeira, Gaztañazagojeascoa ó Maspons.

Á D. Práxedes Mateo y Sagasta, por Sagasta—Manzanedo ó Manzanal en vascuence—le conocen todos; á D. Benito Pérez Galdós, todos le llamamos Galdós.

A este propósito recuerdo cómo todo un señor sabio construyó toda una teoría científica sobre el olvido de esta ley de la desaparición de los Fulánez. Decía el buen hombre que en todos los países se observa que entre las firmas de hombres notables la proporción de apellidos extranjeros es mayor que la proporción de elemento alienígena en el pueblo mismo, de donde deducía que el extranjero gana con el trasplante y que es superior el elemento exótico. Olvi

daba el sabio que hay muchos Becquer que á no haberse distinguido se quedarían en Domínguez. Aquí de Bastiat y de su famoso «lo que se ve y lo que no se ve», que tanto gusto dió en otra temporada.

Y ahora se nos abre otra vía de reflexiones sin cuento si entramos á examinar cómo la costumbre se sobrepone al derecho, lo orgánico á lo sistemático. Pocas cosas parecen más sujetas á papeleo oficinesco y á registro que el nombre, y, sin embargo, apenas habrá apellido que se transmita íntegro y por transmisión legal durante cuatro generaciones. A cada momento se hace precisa una información posesoria del propio nombre.

El mote mismo, el alias, origen de tantísimos apellidos, se está colando todos los días en éstos, hasta adquirir existencia legal, derecho de ciudadanía. A Fulano Zutáñez, por ser hijo de una mandadera de agustinas, conocida por Agustinas, se le conoce por Fulano Agustinas, y como apellido lo usa.

En realidad eso de la transmisión en línea masculina del apellido paterno es una convención que induce á errores, porque José López, hijo de Martín López, hijo de Tomás López, hijo de Manuel López, no es más descendiente de este Manuel López, su tatarabuelo, que de Rufino Pontejos, otro de sus ocho tatarablas, y esto despreciando en el cálculo á las hembras, que no es poco despreciar. Sucede con esto como con los ríos, que se empeñan muchos en que tengan una sola fuente legítima, como si no nacieran de toda una cuenca por sus varios afluentes, y así dicen que el Ebro nace en Fontibre, cerca de Reinosa, y no de la vertiente toda española de los Pirineos. Al llegar á Tortosa, tan Ebro es como Cinca, Segre, Erga, Gállego, etcétera.

No sirven: cartas ejecutorias más ó menos amañadas por reyes de armas. Impónese la evolución, con su cortejo de lucha por la subsistencia, adaptación al medio, sobrevivencia del más apto, atrofia del órgano sin función y sus alamares y agremanes todos. Como en geología son las mismas causas que hoy siguen actuando las que produjeron los terrenos extratificados en el cuazo de las edades pasadas, así sucede con las extratificaciones genealógicas, ya que á los motes cristalizados legalmente á los viejos apellidos, vienen á adherirse los apellidos en potencia ó sea los nuevos motes. ¿Por qué te ofendes del mote, si tu apellido fué acaso mote de alguno de los bisabuelos de uno de los tuyos? El fué cabezón, tu llamándote Cabezón eres tal vez cabecita; ¡váyase lo uno por lo otro!

Pero volvamos á nuestro Fuláñez y á la suerte que les espera. Quedábamos en que en la lucha por la distinción tienden á desaparecer los Martínez, Fernández, Pérez, etc., y sus compañeros los Garcías y otros. ¿Cómo acabará esto? Como dicen los perfectos manchesterianos, en que las cosas vendrán de por sí mismas á equilibrarse. Los que no llegan á firmas ó se sostienen como tales en su integridad, arrostran el vendaval y se levantarán un día solos. Los

últimos serán los primeros. Y así llegará día en que un Fernández sea tan poco común como un Unamuno.

¡Horror! ¡La nivelación en perspectiva! ¡El reparto equitativo de los apellidos; su distribución en porciones numéricas iguales! ¡El socialismo nominal! ¡La muerte de toda distinción onomástica! ¡Un Juan Pérez tan distinguido como un Fiacro de Irayzoz ó un Vital Aza! ¡Horror!

De este horror disertaremos otra vez.

Mas podría suceder que en virtud de la velocidad adquirida fueran desapareciendo los Fulánez más allá de lo justo, que adquirido un hábito á desaparecer, de tal modo se les arraigase el instinto suicida que no quedara redención para ellos. Entonces llegaría tiempo en que un Sánchez ó un Martínez serían lo sumo de lo raro, de lo inaudito é insólito, y entonces, entonces se vería á los Rataflutis, á los Irayzoz, á los Unamuno, convertidos ya en apellidos vulgares, buscar en los papeles de su archivo de familia una humilde S, una M escondida, una F trasconejada en tal firma de tal tatarabuelo, para infundir función en el pobre órgano atrofiado y resucitar un Sánchez, un Martínez ó un Fernández. El órgano atrofiado conserva en potencia su función.

Y mira, mira cómo al cabo de los años mil vuelven las aguas por donde solían ir; mira cómo las firmas tendrán que volver á remozarse al fondo inextinguible de los humildes apellidos patronímicos del pueblo, á la masa protoplástica. Ya estoy viendo al *superhomo nietzschenianus* del siglo XL, dándose baños en el *bathybius Hæckelii*, para curarse del mal de su propia grandeza.

¿Pero crees que esas pobres F, M, S, P, hundidas en el olvido, han muerto? ¿Crees que ha vuelto á la absoluta nada el castizo Domínguez del exótico Becquer? No; viven, viven en las honduras de lo inconsciente, viven en los abismos de los libros parroquiales ó en los del Registro civil; y así como una potente conmoción puede traer á conciencia plena las profundidades subconscientes y sacar un genio, luz de la durmiente potencia lumínica de las sombras, puede un genio desenterrar de los libros parroquiales tal cual olvidado Fulánez y dar con él nueva vida á un pobre Lunkekwig ó cosa así. ¡Qué porvenir para los archiveros!

Y aún viven esos durmientes Fulánez otra vida profunda, penumbrosa, intensa, abismática. Pero aquí debemos detenernos como ante un misterio eleusino y dar fin á esta descosida disertación acerca de la muerte de los Fulánez, á los que por haberlos tomado, con la mejor intención del mundo, de conejillos de Indias, pide disculpa y venia su afectísimo

Miguel de Unamuno.

El teatro y la vida.

PRELIMINARES

Al desflorar lo ignorado de mi nombre, quiero hacer una confesión honrada y valiente; la de que mi propio arrinconamiento es garantía de imparcialidad, y mis escasas amistades literarias seguridades de energía y de firmeza. No sabrá nadie quien es *Luis Algarinejo*; nadie, más que el que sintiéndose agraviado, lo busque: ese le encontrará donde quiera y como quiera.

Aparte esta confesión necesaria, me importa decir que mi campaña teatral abarcará puntos muy diferentes de los que se estilan ahora.—Así, por ejemplo, no haré yo crítica cominera y de *gazapos*; ni mortificaré á los cómicos con palabras groseras; ni he de meterme en las hablillas de bastidores, ni sacaré á colación los dimes y diretes de los saloncillos.—Otra salsa que la del chismorreo tendrán mis crónicas; la de una sinceridad sin disminución por amistades ó granjerías, y la de poner singularísimo empeño en estudiar los componentes *íntimos* de nuestro teatro contemporáneo.

Según mi sentir, los críticos de alma, sin exceptuar á ninguno, atienden más al *efecto* que á la causa; hacen crítica de *visu*, de lo que salta á los ojos; de ahí que las faltas que encuentra son notadas casi siempre, por todos los espectadores.—Esta crítica, será como dura, fácil de vulgarización, todo lo que ustedes quieran; pero no responda á lo que es la crítica *verdad*: una fuerza *directriz*, una guía provechosa, un texto saludable.—No basta con poner defectos á las personas y á las cosas; hay que indicar el modo de corregirlos.—Defectos, sobre todo si hay mala fé, los sabe poner todo el mundo, y muchas veces, con más gracia que los críticos empingorotados.

Hablaba yo de los *componentes íntimos* del teatro, que, para mí, lo son; las empresas, los abonados, los actores, los músicos y los autores, en el orden en que los pongo.—El público, en mi entender, es un elemento externo, *sin voz ni voto*, aunque se me diga que es paradoja. Porque yo he visto una misma comedia silbada una noche y aplaudida la siguiente, en el mismo teatro.

Lo que hay sobre esta cuestión es muy particular. Se toma al público *de los estrenos* por el público *verdad*; y el público de los estrenos es una taifa de envidiosos que aplaude ó silba según el humor que lleva.—Va al estreno con algo de femenino en sus propósitos; lleva curiosidad y malicia.

Y entretenido en hablillas de comadres, rara vez, al salir, se acuerda de la obra recién estrenada.

Yo soy poco *sensible*; pero me duele que una pandilla de desocupados ignorantes lleve en Madrid la batuta del juicio teatral; y pienso que es un contra Dios el que un autor triunfe ó se hunda por obra y gracia de cuarenta ó cincuenta bastones.

Así, no seré yo quien diga: «La obra estrenada anoche fué ó no

fué del agrado del público.» Pues honradamente al otro día tendré que rectificar.—Eso de aceptar, sin discutirlo, el fallo de un estreno, no entra en mis cálculos; porque eso los gacetilleros lo dirán, si quieren.

Yo diré lo que honradamente me parezca de la obra; y si es buena y el público la rechaza, así lo haré constar; añadiendo que el público no debió rechazarla, por esto y por lo otro.

Y si la obra es mala, y la aplauden, tampoco dejaré de decirlo así.

Porque si la crítica va con el público, ¿para qué diablos sirve? Si han de aceptar la decisión del *augusto senado* sin discutirla razonadamente, vale más que los críticos se estén en sus casas. Yo, que no creo en la infalibilidad de mi hombre, ¿voy á creer en la de muchos? ¡*Tuviera que ver!*

Hoy no queda espacio, y lo dejo. En los números siguientes de *Electra* estudiaré los componentes íntimos del teatro actual. Y el artículo próximo, referente á *los empresarios*, les prometo á ustedes que será muy interesante.

Luís Algarinejo.

Los poetas de hoy.

Cantares.

He de ser contigo
lo que pá mi fuiste.
Te he de ver con la cara muy blanca,
los ojos muy tristes.

Solito... Solito...
no se lo que tengo
pero ¡ay! que de verme tan sólo... tan sólo...
yo me estoy muriendo.

A la noche sombras,
á los campos agua.
¡A las malas lenguas cortarlas de cuajo
que pierdan el habla!

¡Pobrecita mía,
helada en el suelo!...
¡Yo de puerta en puerta pediré limosna
para hacer tu entierro!

Cuando tú te mueras
yo me moriré.
¡Te juro, mi alma, que en vida y en muerte
te acompañaré!

¡Estaba lloviendo...
de frío temblaba...
toditos me vieron, y todos llegaron,
y todos pasaban.

Yo siento dolores,
y nadie los calma,
y voy por las calles, doliéndome el cuerpo,
doliéndome el alma.

¡Pasas por la calle,
y ya no te acuerdas
al verme tan lejos, de que hemos estado
tan cerca, tan cerca!

Siempre al acostarme
me pongo á llorar...
Así es como aquella que yo quise tanto
me supo pagar.

Se quedó mi cuerpo
sin gota de sangre,
cuando vi la tapa cubriendo la muerta
y echaron la llave.

Dijo á la lengua el suspiro:
échate á buscar palabras
que digan lo que yo digo.

Murió mi padre y mi madre
y tu olvidaste mi amor.
Hoy la gente dice al verme:
Ahí va el cristo del dolor.

Enrique Paradás.

PLUMADA

«AMORES» cuentos por R. Sánchez Díaz.

Sánchez Díaz, no es sólo literato. Como la mayor parte de los que en España, cultivan las bellas letras tiene otro *oficio*, digámoslo así. Y ese oficio le obliga á viajar mucho.

Esta dualidad de profesión, que es una rémora para el desenvolvimiento de sus facultades artísticas, nos da la clave de su genio, impetuoso, avasallador, enérgico, obrando á impulsos de la emoción acabada de sentir. Diríase que su espíritu ha adquirido la movilidad de su cuerpo.

Sánchez Díaz es infatigable. No abandona la labor literaria, ni en sus viajes.

Es un carácter de asceta *refinadísimo*, inverosímil casi. No tiene ninguno de los vicios precoces de la raza y posee en cambio sus más grandes virtudes.

Su alma siempre abierta á todas las sensaciones artísticas, las va recogiendo continuamente, prefiriendo las más tristes, las que más sangran; porque vive en un ambiente de melancolía eterna, y porque su bondad le incita á la compasión. Ante todo y sobre todos Sánchez Díaz, es bueno, muy bueno, aunque á primera vista no lo juzguen así muchos que observen en sus escritos los odios y los rencores que mueven su pluma. Pero son odios y rencores santos que han nacido ante la perfidia y la injusticia humanas.

Llora con todos los desvalidos.

«Yo, dice, he llorado una noche, en un escondite de la calle viendo la miseria de un niño que zapateaba en la calleja, su piés cansados, esperando con frío la salida del hombre que estaba con la madre....»

Y no puede reir con los dichosos porque su inteligencia profunda, investigadora, ahonda en las cosas de la vida hasta descubrir el dolor, que le atrae y le seduce inspirando su musa melancólica.

Sánchez Díaz examina y descubre. Es pesimista porque siente hondo y padece. No deja de ver la dicha; pero la ve unida con la desgracia. Y su espíritu inquieto, contristado, encuentra en la ingratitud; en la traición, en la iniquidad, en la injusticia, en las más grandes desventuras y en los más tantálicos suplicios, la vena inspiradora que extremece las fibras de su ser y le da alientos para cantar las penalidades de la víctima humana.

El mismo nos señala la razón de su tristeza, cuando dice del protagonista de uno de sus cuentos más hermosos: «un hombre que además de no tener dinero es bueno, y además de no tener dinero y ser bueno, es poeta, uo tiene gana de reir nunca.»

Sus frases concisas, enérgicas, acaso en exceso rigurosas á veces,

encarnan la idea admirable, realizándola con *gongoriana* belleza, con imágenes y metáforas deslumbradoras.

En *Pasión y Muerte*, de estilo vigoroso, enérgico, se adivina la tensión del espíritu del autor, por las imágenes que contiene y que son, como otras tantas vibraciones del alma, conmovida por la intensidad del dolor que ella misma crea....

Sánchez Díaz posee el instinto de lo tierno, que le fascina con atracción misteriosa, y que expone con brillantez é inspiración soberana, exornándolo galanamente, con un sentido docente, que constituye otra característica de su estilo propio. Pertrechado en él y alentado por sus arraigadas creencias en la justicia, combate, con entusiasmo de apóstol, todo lo innoble, todo lo villano, todo lo ruin, lo que mancha y degrada. Es un creyente firme en un porvenir de redención.

Casi no concibe el desaliento. De ahí su brio en el decir, cuando deleitando desface entuertos y arremete brioso contra malandrines y follones. Fustigando el vicio, mostrándolo en su repugnante desnudez como en *acorrallados*, excita á la virtud. Partidario del arte docente, cree, como el ilustre Navarrete que el arte por el arte no tiene razón de ser, y predicando con el ejemplo hizo del arte un magisterio que ejerce con honradez y suficiencia.

Leed sus cuentos, ¡y vereis qué artísticos!

Meditadlos, ¡y vereis qué morales!

B. Delbrouck.

Campañas de "Electra,,

Organizada ya definitivamente la marcha económica de nuestra Revista, desde el número próximo empezará ELECTRA á desenvolver sus campañas, honradas y valientes, sobre los problemas más interesantes y sobre las cuestiones de actualidad.

El número próximo de ELECTRA, aparte de los artículos, cuentos y poesías de sus más distinguidos colaboradores, llevará los siguientes originales.

El problema jornalero.—Artículo de D. José Canalejas, al cual seguirán otros de los Sres. Romero Robledo, Azcárate, Silvela Maurra, Pi y Margall, Moret, etc.

En la Exposición de Bellas Artes, crítica de cuadros y esculturas, por J. Gualberto Nessi.

El teatro y la vida. Los abonados, interesante estudio de Luis Algarinejo.

Cuestiones militares: Las maniobras de Mayo, por Joaquín Altamira oficial de Ejército.

La verdad sobre la campaña de Cuba.—Los secretos, documentos autógrafos, negociaciones y misterios.

Á los corresponsales que no hayan recibido sus paquetes, les rogamos dirijan sus pedidos á la nueva casa de ELECTRA, Pizarro 15, bajo.